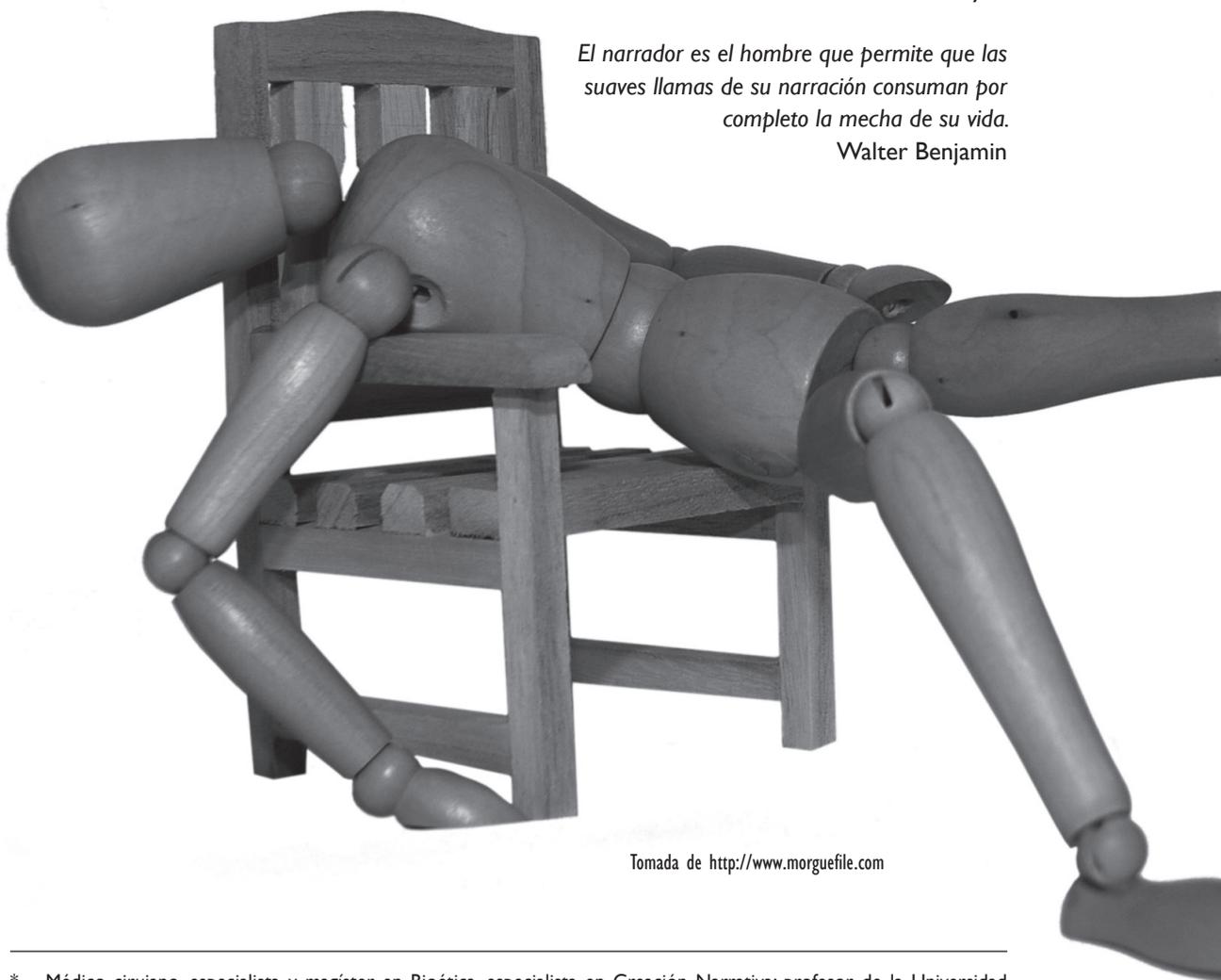


A los pies de la devanadora

Boris Julián Pinto Bustamante*

¡Ah, sí! En última instancia la lengua era Ethos.
Odiseas Elytis

*El narrador es el hombre que permite que las
suaves llamas de su narración consuman por
completo la mecha de su vida.*
Walter Benjamin



Tomada de <http://www.morguefile.com>

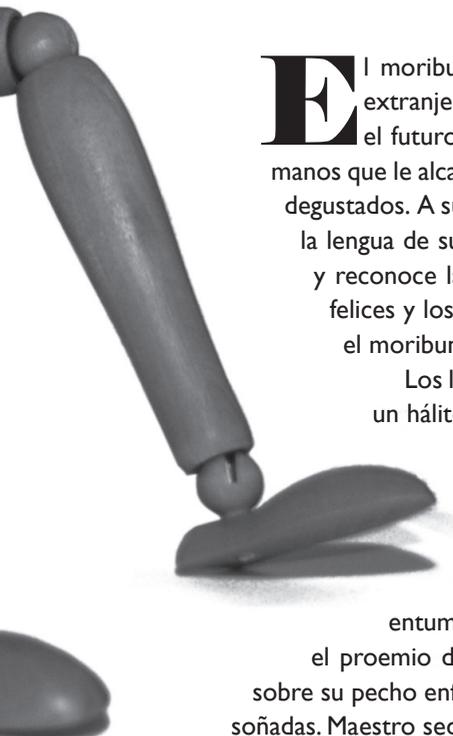
* Médico cirujano, especialista y magíster en Bioética, especialista en Creación Narrativa; profesor de la Universidad Central. Uno de los ganadores en el II Concurso de Cuentos La Cueva. Correo electrónico: borispinto@gmail.com.

Resumen

Walter Benjamin reconoce al moribundo como “el sabio” y “el maestro” en el arte de la narración. Lo define como el narrador por excelencia, pues en él, se funde la sabiduría de toda una vida vivida, la eternidad y la artesanía del acto narrativo. En un tiempo en el que se excluye la muerte y se silencia la voz de los moribundos, se recupera el acto de narrar que forma parte de los cuidados al final de la vida. Vida, narración y dignidad, representan la totalidad de la vida humana. Recuperar la voz de los moribundos implica recuperar nuestra memoria, la sabiduría proverbial, y la dignidad de quien cuenta su muerte. Palabras clave: Walter Benjamin, medicina narrativa, bioética, muerte, cuidados paliativos.

Abstract

Walter Benjamin designates the dying as the sage and the master in the art of storytelling. He is exclusively defined as the narrator, because it melts the wisdom of a life lived, eternity and crafts of the narrative act. At a time when death is excluded and silenced the voice of the dying, retrieve the act of narration is part of care at the end of life. Life, narration and dignity, representing the whole of human life. Recover the voice of the dying, involves recovering our memory, proverbial wisdom, and dignity of one who tells his death. Key words: Walter Benjamin, narrative medicine, bioethics, death, palliative care.



El moribundo se estremece en medio del dolor que no sabe nombrar. Peregrino y extranjero en la galera del sufrimiento, se pregunta por el Dios de los desiertos, por el futuro oculto en el misterio, por los rostros como fogonazos de gratitud, por las manos que le alcanzaron, por el manoteo y la risotada, por los nombres olvidados y los sabores degustados. A su nariz ya no llegan olores, sino presencias. El niño que está por morir regodea la lengua de su nostalgia en el sabor de las cerezas y las fresas. Se pregunta por lo valioso y reconoce la nobleza de los asuntos triviales. Nada fue tan importante como las horas felices y los días ligeros. Frente al huerto de la trascendencia, o el abismo de lo inefable, el moribundo se aferra a los sabores gustados de las frutas comunes.

Los labios sedientos apenas articulan el movimiento. Las palabras silenciosas, como un hálito que sopla la candela de los insomnios, obligan al lector a inclinar su oído al consejo, como el amanuense se inclina al dictado de su maestro.

De los labios cansados nos llegan noticias lejanas: el moribundo es el caminante de otros países; es el marinero de aguas sin nombre; es el comerciante de tráfagos y retales, de valentías honorables y cobardías secretas. Es la fiera domesticada en el teatro del dolor; es el niño entumecido en el rincón oscuro. Es el “Sócrates artístico” escribiendo en la cárcel el proemio de Apolo. Oculto en el sanatorio, las lejanías de los caminos se entrecruzan sobre su pecho enfermo. El moribundo es un navegante; nos trae noticias de otras tierras nunca soñadas. Maestro sedentario y viajero incansable de costas apócrifas, en el taller de las palabras el moribundo es el espléndido artesano de las refriegas humanas.

El moribundo no es testafarro de nostalgias. Como viajero, nos precede en el abismo de los puertos sin nombre. Nos precede en el *fatum* de la muerte. Maestro de la memoria, es también el maestro de la imaginación. Por ello, no solo nos remite a las sendas antiguas; nos remite al mismo tiempo hacia un futuro inescrutable. No hay mayor acicate para la imaginación que el laberinto de la muerte.

Nuestras culturas, nuestra historia, nuestros mitos están articulados alrededor de la pregunta por la muerte. Así como la música, la muerte y el dolor empuñan la violencia creadora de los mitos. En este punto, más que en cualquier otro, se nos permite, como diría Chesterton, aquella defensa del desatino, del cual la fe no es sino otro de sus rostros más deliciosos. ¿Qué tal, —dice Chesterton— si todo tiene en realidad otra cara? “Una casa es sombrero gigantesco para proteger a un hombre del sol; una silla es aparato de cuatro piernas de madera para un tullido que solo cuenta con dos”. Así, el moribundo es “ese hombre que vuelve al presente y trae consigo un cuadro del porvenir” (Borges). Es también maestro del futuro; el hombre cansado nos revela en el legado y el desatino, los senderos empinados de la utopía.

La narración del moribundo recurre —como afirma Abad—, a “las intemporales conchas de recuerdos desperdigadas sobre una playa de olvidos” (Saramago). El recuerdo es el pulso y es la música de su relato. Más allá de la información verificable, el bordado de la memoria está tejido con el hilo de las palabras en la rueca del tiempo. La música nos remite más allá de la apariencia del menoscabo; nos remite a la voluntad y el secreto de la historia. El amanuense intenta copiar con diligencia el dictado de su maestro, intenta bordar en el papel, pero la violencia de las palabras excede largamente el arte de los escribientes y la destreza de los tejedores.

Las noticias lejanas se suceden como en un paisaje de suertes, de rostros que aparecen y luego se esfuman cuando la palabra los llama como en un conjuro, de nombres de hombres y cosas sin nombre, de besos de amapola, de labios inagotables, de pieles morenas con las holladuras del amor, de voces extrañas perdidas sin remedio en el tráfico de los días, de silencios inconfesables, de la necedad y los desvaríos, de las confesiones luminosas, de las plegarias de hinojos bajo el andamiaje del viento, del rostro desnudo frente a la luna del espejo, de los nudos en el pecho, de los nudos en la garganta, de las

De los labios cansados nos llegan noticias lejanas: el moribundo es el caminante de otros países; es el marinero de aguas sin nombre; es el comerciante de tráfagos y retales, de valentías honorables y cobardías secretas.

hurtadillas felices bajo el farrago de estrellas; como escribiera Elytis, las palabras y sus combinaciones nos revelan su razón de ser: “La regeneración de la virginidad. En otras palabras, *el esplendor de la juventud y el error*” (Abad).

Cuando el moribundo suspira sus últimas voces, el amanuense detiene su pluma sobre la hojarasca de la vida. Como ha escrito Michael Ondaatje en *El paciente inglés*:

Morimos con un rico bagaje de amantes y tribus, sabores que hemos gustado, cuerpos en los que nos hemos zambullido y que hemos recorrido a nado, como si fueran ríos de sabiduría, personajes a los que hemos trepado como si fuesen árboles, miedos en los que nos hemos ocultado, como en cuevas. [...] Somos historias comunales, libros comunales [...] Lo único que yo deseaba era caminar por una tierra sin mapas.

Llevé a Katharine Clifton al desierto, donde está el libro comunal de la luz de la Luna. Estábamos entre los rumores de los pozos, en el palacio de los vientos” (Elytis).

Somos historias comunales, libros comunales. Nos pertenecemos como le pertenece la memoria al moribundo; nos necesitamos, como las historias entrecruzadas en los nudos del tiempo. Las experiencias ajenas, apunta Walter Benjamin, se incorporan en la propia vida (Ondaatje). El moribundo necesita a su rememoradora, al amanuense de sus días; la necesita porque su historia es un asunto de dignidad.

Su historia no es otra historia. Es un secreto que se resiste a la condena del silencio, que le enseña los dientes a las jaurías del olvido, que se sabe tenedor de “una cosa que no tiene nombre”, de “esa cosa que somos” (Benjamin), que reclama aún, la dignidad póstuma de los despojos que albergaron lo innombrable, lo que hemos depositado en otros nombres, en otras manos, en otros cuerpos. Somos el recuerdo que transita otras memorias; somos el nombre que besan los labios que alguna vez amamos. Su historia no es otra historia. Su historia es la nuestra, pero es nuestra a su manera, es “la palabra que se pulimenta como la piedra en los labios y en los dientes del pueblo” (Abad). Su historia es una historia que merece ser contada.

A los pies de Mnemosyne, la rememoradora –como a los pies de la devanadora de Saragamo–, el hilo de la vida en los labios del moribundo, es una montaña que crece (Ondaatje). ■

Referencias

- ABAD, HÉCTOR. *El olvido que seremos*. Bogotá: Planeta. 2006.
- BENJAMIN, WALTER. *El narrador*. Madrid: Taurus. 1936.
- BORGES, JORGE LUIS. "Utopía de un hombre que está cansado". *El libro de arena*. Madrid: Alianza Editorial. 1998.
- CHESTERTON, GILBERT Keith. *Defensa del desatino*. Clásicos Jackson del ensayo. Buenos Aires: Ediciones Jackson. 1950.
- ELYTIS, ODYSSEUS. *Antología*. Madrid: Akal editor. 1982.
- ONDAATJE, MICHAEL. *El paciente inglés*. Barcelona: Plaza y Janés. 1995.
- SARAMAGO, JOSÉ. *Ensayo sobre la ceguera*. Bogotá: Alfaguara. 1998.
- SARAMAGO, JOSÉ. *La balsa de piedra*. Madrid: Santillana. 2003.